

de la Edad Antigua hasta el siglo XII..., la difusión paulatina de los escritos de Séneca en España, que avanza lentamente a partir del siglo XII, no arranca de una tradición de textos dentro del país, sino que hay que explicarla con la penetración de códices de Séneca procedentes de Francia e Italia. España, tierra natal de Séneca, no parece haber participado, en toda la Edad Media, después de la decadencia de los visigodos, en la tradición de las obras de Séneca». Para fundamentar tesis como ésta recurre Blüher, por una parte, a la historia externa: búsqueda de manuscritos senequianos en catálogos y bibliotecas, traducciones, ediciones, biografías, florilegios, colecciones, comentarios, polémicas; por otra, a los hechos literarios, como son: textos dispersos por las obras de nuestros autores, que son cotejados, corregidos, explicados con todo minuciosidad, entendidos y valorados desde los supuestos históricos de cada época.

La peculiaridad de la recepción de Séneca en España aparece ya en el siglo XIII. Séneca se presenta entonces como uno de los más distinguidos proverbialistas, a través de colecciones de sentencias apócrifas, pues las obras auténticas eran accesibles sólo en parte. Estas colecciones aparecían junto a otras —aparte de los libros de sabiduría del Antiguo Testamento— de origen arábigo-oriental, en las que se entreveraban dichos de autores griegos y muchos aforismos apócrifos. En ellas, Séneca se muestra como estricto moralista, como el maestro que enseña el arte de vivir con tino y cordura humana.

También en el siglo XIII los datos biográficos de Séneca fueron más escasos en España que, por ejemplo, en Francia. Aquí, como en el resto de Europa, la *vita Senecae* se compone, en parte, de leyendas, en especial la de la amistad con San Pablo. Del siglo XII al XIV la forma dominante de la recepción de Séneca en España es indirecta: la inmensa mayoría de las citas de Séneca en aquella época se basan en transmisión secundaria, a través de fuentes no españolas, quedando muy reducido el uso directo, circunscrito a citas aisladas, de las que el más elevado porcentaje pertenece a escritos apócrifos. Y, en cuanto al contenido, Séneca es recibido en dos terrenos principales: el de la filosofía práctica y el de la ética política. Séneca como filósofo estoico no fue descubierto por la Edad Media española, y su verdadera esencia permaneció oculta.

En el siglo XV el número de versiones al castellano y al catalán aumenta notablemente, lo que constituye una prueba segura del elevado interés que despertaron las obras de Séneca, «pero, en el fondo, sólo fueron capaces de difundir una imagen medieval de aquél».

La recepción de Séneca entre la Edad Media y los comienzos del Renacimiento se centra en la poesía moralizadora (Fernán Pérez de Guzmán), en el Marqués de Santillana y en los pensadores políticos (Sánchez de Arévalo y Diego de Valera). Con ellos comienzan a aparecer los grandes temas del estoicismo senequista: «Providentia, Fatum Fortuna». El humanismo español seguirá con retraso las pistas del italiano, pero ello tuvo efectos ventajosos para la valoración de Séneca en el siglo XV. «Pues esta vacilación trajo como consecuencia que la imagen positiva de Séneca en la Edad Media pudiera persistir sin contradicción. Gracias al desconocimiento de las voces críticas que se habían alzado en la Edad Antigua, sobre todo, en los *Anales* de Tácito, contra la integridad moral del ministro y maestro de Nerón, fue posible en España entregarse sin temor al entusiasmo por Séneca.»

La valoración de Séneca como autoridad política es una constante en la recepción española, tanto en la Edad Media, antes del conocimiento de los *Anales*, en que aparece como maestro de ética política, como más tarde, bajo el influjo del «tacitismo», cuando Séneca aparece como modelo histórico de un «privado», debido a la consideración del origen «español» del maestro y ministro de Nerón.

Ahora bien, sólo en el siglo XVII, una vez que Lipsius había puesto las obras del filósofo romano como fundamento de su sistematización de la filosofía estoica, Séneca será comprendido como filósofo estoico, si se exceptúan los anteriores esfuerzos aislados del Marqués de Santillana —un tanto desmañados— y la recepción filosófica de Luis Vives.

El momento más alto de la recepción de Séneca lo representa Quevedo, quien logró una precaria síntesis de Stoa y Cristianismo, que resultó insostenible. Blüher lo califica como «el encuentro más profundo que España ha conocido con el Séneca estoico». También Gracián echará mano, sobre todo, de los rasgos despreciadores del mundo de la ética senequista, pero lo interpreta no como un estoico, sino como un precursor de su propia doctrina moralista.

La aceptación que Séneca tiene en el siglo de oro estuvo condicionada por una serie de supuestos previos: el humanismo cristiano de la contrarreforma, la corriente antiescolástica del neoestoicismo humanista, la revalorización de Séneca como político por el tacitismo y el advenimiento del anticiceronianismo. «Ni antes ni después ha ejercido Séneca fascinación parecida en el espíritu español.» Pero aún entonces se recogerá, en esencia, el lado negativo de la ética estoica: la desvirtuación del mundo y la depreciación del hombre exterior; falta el lado positivo, que sí aparece en el estoicismo europeo, y que influirá en la Ilustración: la reivindicación estoica de una vida razonable en consonancia con la ley natural. «La imagen de Séneca en el Barroco español ha exagerado con excesivo exclusivismo en la obra de Séneca los rasgos pesimistas, detractores del mundo, con detrimento de aquella Stoa militante que recibe su fuerza de la armonía del sabio con la razón universal.»

En una palabra; las conclusiones que de esta ingente obra se deducen son que la recepción de Séneca en España ha revestido caracteres peculiares en todas las épocas; que, en gran medida, esta recepción discurre de una manera excéntrica a Europa, y, lo que es más significativo, excéntrica al mismo Séneca, excepto en momentos y autores muy señalados. El Séneca que recibe la Edad Media española es un Séneca apócrifo, o un Séneca desvirtuado (el Séneca amigo de San Pablo y el Séneca cristiano); el desconocimiento de la crítica sobre la persona y obra de Séneca permite la recepción exclusivista de un Séneca maestro de ética práctica y política; y, por fin, en el barroco, de las doctrinas senequistas sólo se retienen los aspectos negativos.

Tales son los supuestos históricos del senequismo español, que explican la especial identificación de lo español con lo senequista. La acumulación de datos y documentos para avalar estas tesis resulta abrumadora. Difícilmente resultan rebatibles; a lo sumo, creemos, podrán ser sólo parcialmente matizados en el futuro, a favor de algún hallazgo en contra. Únicamente el análisis de la literatura clandestina —tan abundante, por otra parte, en el siglo XVII— podrá mostrarnos otro rostro —que lo hubo, sin duda— de la vida espiritual española.

De cualquier manera, pensamos que esta magna obra quedará como un documento historiográfico de primera calidad y como un modelo digno de imitación por parte de quienes se lanzan a investigaciones sobre la recepción cultural.

Constituirá, asimismo, un dato insoslayable para todos aquellos que con excesiva ligereza se lanzan a fáciles generalizaciones sobre la vida espiritual de los pueblos. No porque el español tenga un espíritu seco y negativo eligió a un determinado Séneca y se identificó con él —como algunos estarían tentados a decir, siguiendo a Ortega— o, en sentidos no muy divergentes, a Ganivet y a Unamuno; en adelante habrá de ser un dato a tener en cuenta que el supuesto senequismo español está condicionado históricamente por las peculiaridades de su propia recepción material en España. Se trata, en fin, de una obra de la que ya no se podrá prescindir tanto en los estudios senequistas como en cualquier aventura interpretativa sobre lo español.—MANUEL BENAVIDES. (*Angel Barajas, 4. Pozuelo (Estación) MADRID-23.*)

Racismo y Occidente *

«El racismo, en una palabra, el racismo racional, nació en el seno de la cultura occidental y siguió la expansión de la misma en el conjunto del mundo», afirma Christian de la Campagne en el presente trabajo que tiene como primer objetivo dar en el quid de cuándo nació el racismo racional.

El problema que De la Campagne se plantea resulta complejo, aunque sólo sea porque el racismo hasta principios del siglo XX era una actitud que ni tan siquiera tenía nombre; en cuanto a la palabra «raza» no aparece hasta el siglo XVI. Con anterioridad no existen términos concretos.

Lo que caracteriza al racismo, como una primera aproximación, es el hecho de juzgar a un hombre como despreciable tan sólo por pertenecer a un grupo determinado. Tal actitud presupone que todos los miembros de dicho grupo presentan las mismas características indelebles, profundamente inscritas en ellos e inevitablemente transmisibles de generación en generación.

La investigación del autor de *Racismo y Occidente* trata de remontarse desde el racismo moderno hasta el racismo medieval y el antiguo, a fin de mostrar cómo ese complejo ideológico-afectivo que se llama complejo racista está anclado con más fuerza de lo que se cree en las profundidades de la *ratio* occidental, e incluso en el subsuelo del inconsciente europeo.

Un esfuerzo importante del presente trabajo se centra en el empeño de aclarar términos tales como colonialismo, racismo, fascismo, que durante mucho tiempo se

* Christian de la Campagne: *Racismo y Occidente*, Argos Vergara, Barcelona, 1983, 266 páginas.

han visto como seudónimos. «En realidad —dice De la Campagne—, todo sucedía como si les resultase necesario, para tener la conciencia tranquila, considerar colonialismo, racismo y fascismo necesariamente ligados. Se trataba de una idea comúnmente aceptada». Sin embargo, un estudio más profundo de las realidades históricas, algunos acontecimientos colectivos y otros que afectan a un orden estrictamente individual, han conducido a los estudiosos del tema a un cambio de punto de vista. «Hoy nos parece —añade el mismo— que “colonialismo” no implica siempre “racismo”, ni “racismo” “fascismo”, y recíprocamente. Las relaciones entre esos tres fenómenos son probablemente más complejas; todo está por hacer para clarificarlas». Y a esto es a lo que quiere contribuir Christian de la Campagne con este interesante trabajo, que fue el contenido de su tesis doctoral, centrándose en lo que concierne concretamente al racismo.

La importancia del matiz

Raza, racismo, antisemitismo, xenofobia, etnia, etnocentrismo, son palabras peligrosas porque son palabras vagas; por eso el autor trata de hilar muy fino a la hora de definir las, y así, por ejemplo, distingue netamente el etnocentrismo y la xenofobia del racismo propiamente dicho. «A diferencia de éste —dice—, el etnocentrismo —actitud que consiste, para un individuo, en considerar su etnia, o sea su entorno sociocultural, superior a cualquier otra— y la xenofobia —actitud vecina de la anterior que consiste, para un individuo, en despreciar a los miembros de otra etnia sin razón de su inferioridad sociocultural— no implica en profundidad ninguna afirmación de orden biológico, y en consecuencia ninguna referencia a una ciencia o pseudociencia, sea la que fuere.»

Únicamente el odio fundado en motivos de orden biológico es lo que se llama racismo. Es decir, el racismo propiamente dicho no empieza desde el momento en que hay aserción biológica ni desde que se habla de raza (de ser así, los textos religiosos de los hebreos, que les prescriben la endogamia, serían ya textos racistas, lo cual no es el caso). El término raza puede utilizarse sin connotación racista, mientras se limite a designar así ciertos grupos de individuos que posean en común determinadas características biológicas, por una parte, y determinadas características culturales, por otra; lo importante es no hacer derivar, en ningún caso, éstas de aquéllas.

«El racismo en sentido propio comienza —escribe De la Campagne— cuando se afirma la existencia de dicha causalidad entre lo biológico y lo cultural. En ese peligroso punto el odio se hace posible, llevando consigo la violencia y la muerte.»

Tras un riguroso análisis, el trabajo que comentamos concluye reconociendo que el racismo europeo, en la casi totalidad de sus componentes teóricos, estaba ya establecido en los inicios del siglo XVI, y que los grandes descubrimientos, así como los conflictos sociales o nacionales que caracterizan los cuatro últimos siglos de nuestra historia, no han hecho más que exacerbar un cúmulo de ideas, de afectos y de fantasmas, que sólo esperaban un chispazo para encenderse.